

Recordaremos con más provecho el libro cuarto, intitulado Y PATRIA (titúlense bien en el epígrafe). En la parte del poeta a España. Sin duda que en su anhelo de ver a su patria, los días y las noches en el puente del castel que se levaba sobre el río de Gáliz, y el día del arribo lo hallamos, como a Gáliz, tal vez en la noche del desembarco de América en la "Caba de Gáliz", o aun más sobre el más elevado mastelero de vapor-romo. Salta a tierra en el primer bote, o sus alas se arrojan, y pesará las playas andaluzas, y velará en el río, o en el mar, se lanzará en el primer convoy de ferrocarril, y en pocas horas estará en Madrid, Valladolid y Burgos. Nos engañamos: es algo más paciente el Sr. Zorrilla. Todavía el vapor francés, o el inglés, y en vez de dirigirse directamente de París a Burgos y Valladolid, lo que hubiera podido hacer en pocas horas por el ferrocarril, irá a dar la vuelta por Cataluña, cruzando la frontera en diligencia, se bajó en la ciudad, sacó sus llaves y su pasaporte, abrió sus baúles, etc., etc. Todavía nos lo describe al principio de su cuarto libro, y damos gracias a Dios que al hablar de los gritos de los poetas, sólo expresó el de "Mare de Deu de Monseparre", y no la bella frase que a cada instante pronuncian los cocheros españoles. Al decir el poeta mismo a los caballos con gritos y exclamaciones, temblamos por el momento que iba a estampar un verso de esas hermosas porciones del vocabulario catalán: su fortuna se contentó con repetir en catalán la invocación del mayoral a la MARE DE DEU.

Dividido de Maximiliano llega el lector impetuoso a las márgenes del Pinar, y recorre extasiado las calles y plazas de Valladolid; no lo seguimos en su excursión. El día en que cumplió cincuenta años, el 21 de febrero de 1867, hace una historia a la Virgen de San Martín y deposita sus laureles y coronas poéticas al pie de sus altares. Aunque se observa cierta ligereza en la pieza, que abraza diez y seis octavas, forma, no obstante, un cuadro de los sentimientos poco ortodoxos del libro anterior. Debemos otras diez octavas a los jóvenes redactores de la "Ordnica Mercantil" de Valladolid: en las estrofas anteriores con los versos 39 y 40, hallamos una imitación, que no nos llevamos a mal, mar plagio de Lord Byron; en la 41 muestra el poeta grande imitador de la poesía de Méjico. Cuando encontró Zorrilla este y se echó a reír en nuestro sueño, fue siempre objeto de la imitación general y las personas de todas opiniones y partidos se reían y se reían su amada.

En el número XLVI cambia de metro y parodiando al parcer en "D. Juan Tenorio", entre el poeta a buscar la mesa de sus

padres en el camposanto. Los sentimientos que expresa hacia su madre son en verdad cristianos y propios de un hijo, y respiran esa tierna y santa afección a que los antiguos Romanos dieron el nombre de PIEDAD, y valió al hijo de Anquises el sobrenombre de PIUS AENEAS. No así los recuerdos que hace de las disensiones que tuvo con su padre: serían disculpables en un joven inexperto y descarriado, a causa de su excesivo amor a las Musas; repugnan en un hombre desengañado del mundo y que cuenta ya diez lustros de vida, borran la buena impresión que pudo hacernos el amor del poeta a su madre, y nos quitan toda simpatía hacia el hombre que las expresa.

En todo este libro trata Zorrilla únicamente de sí mismo: de Maximiliano ni una palabra; de Méjico nos dice y repite hasta el hastío que tiene que volver a este país. QUOUSQUE TANDEM, oh Zorrilla? Si era para morir con Maximiliano, tiempo le sobraba para haberlo hecho, como varios de los jefes que acompañaron al infortunado caudillo en Querétaro.

En el libro quinto, todavía nos hallamos en España al alzarse el telón; y en fecha tan fatídica como es el 19 de junio de 1867, nos conduce el poeta a la Catedral de Burgos y, en la tarde, a tiempo que

"Oh leal monarca bueno  
Que pudiendo tu persona  
"centellea  
El sol entre los cárdenos celajes  
De un aplomado nubarrón"

nos hace contemplar una por una las bellezas arquitectónicas de la soberbia basílica. Honda inquietud le atribula el alma, y suspira por tener nuevas de un amigo de Méjico, hasta el grado de "desear que el globo esté taladrado" (octava 6a.) para poder ver desde Castilla lo que pasa en el continente Americano. Harto débiles e ineficaces deben ser, sin embargo, sus deseos, pues en lugar de irse a París, o a Londres e introducirse en la oficina-telegráfica, adonde llegan continuamente partes, verídicos o falsos, acerca de Méjico y el vencido imperio, se queda en Burgos, sin leer al parecer ni un periódico, y va a interrogar todas las tardes a las estatuas y relieves de la Catedral. Allí, arrodillado ante una imagen de Cristo, le pregunta ansioso:

"Qué es, buen Jesús, del buen Maximiliano?"

Esta pregunta se repite todas las tardes sin que haya respuesta.



padres en el campo. Los sentimientos que expresa hacia su madre son en verdad existenciales y propios de un hijo. Y respaldados en esas tierras y santa asociación a que los antiguos Romanos dieron el nombre de FIEDAD, y validó el hijo de Andalus el apremio de PIUS AEMERUS. No así los recuerdos que hace de las diásporas que tuvo con su padre: serían disociables en un joven inaperturo y descastrado, a causa de su excesivo amor a las masas; repugnaban en un hombre desengañado del mundo y que cuenta ya diez lustros de vida, borran la buena impresión que pudo hacerle el amor del poeta a su madre, y nos dejan toda simpatía hacia el hombre que las expresa.

En todo este libro trata Sorolla únicamente de sí mismo: de Maximiliano ni una palabra; de Méjico no dice y repite hasta el hastío que tiene que volver a este país. QUOBUQUE TANDEN, oh Sorolla! Si era para morir con Maximiliano, tiempo le sobraba para haberlo hecho, como varios de los jefes que acompañaron al infortunado caudillo en Querétaro.

En el libro quinto, todavía nos hallamos en España al alzarse el telón; y en fecha tan fatidica como es el 19 de junio de 1867, nos conduce el poeta a la Catedral de Burgos y, en la tarde, a tiempo que

nos hace contemplar una por una las bellezas arquitectónicas de la soberbia basílica. Honda impresión le atrinora el alma, y surge por tener nuevas de un amigo de Méjico, hasta el grado de "desear que el globo este taladrado" (octava de) para poder ver desde Castilla lo que pasa en el continente Americano. Harlo de- biles e ineficaces deben ser, sin embargo, sus deseos, pues en lugar de irse a París, o a Londres e introducirse en la oficina telegráfica, adonde llegan continuamente partes, verdaderas o falsas, acerca de Méjico y el venecido imperio, se queda en Burgos sin leer el paracer ni un periódico, y va a interrogar todas las tardes a las estatuas y relieves de la Catedral. Allí, arrojando ante una imagen de Cristo, le pregunta análogo:

"Qué es, buen Jesús, del buen Maximiliano?"

Esta pregunta se repite todas las tardes sin que haya respuesta.

En la tarde del 19 de junio, vuelve a repetir la pregunta acostumbrada, aunque amedrentado y sobrecogido de insólito pavor, a causa de los rayos, y truenos, y relámpagos de la tempestad - que se ha desencadenado en la ciudad, y ha convertido el templo en un oscuro recinto, que infunde miedo al poeta. Fijos siempre sus ojos en el relieve que representa a Cristo saliendo de Jerusalén y marchando al Calvario, de repente se animan las figuras de piedra, la imagen del Señor desaparece bajo la persona de - Maximiliano subiendo al Cerro de las Campanas; Mejía y Miramón reemplazan a los ladrones; una compañía de rifleros a la cohorte Romana, y, al parecer, Zorrilla, el lector imperial, se coloca a sí mismo en lugar de San Juan Evangelista, pues hace al moribundo Archiduque dirigirle unas palabras en que le encomienda a la princesa Carlota.

Es fantasía, es delirio, es ilusión? Es revelación, es realidad, murió en efecto fusilado Maximiliano? Nos deja a oscuras el poeta sobre todo esto, aunque es en lo que más esperábamos que se detuviera al decirnos algo sobre Maximiliano. Al estallido de los rifles, todo se disipa, y nos dice que fué ilusión, pero inmediatamente añade esta estancia que indica que fué realidad:

"Oh leal monarca bueno  
Que pudiendo tu persona  
Rescatar con tu corona  
Arrojándola a la mar,  
De egoísmo ruin ajeno  
De tu buena fe en abono  
Tu cabeza al pie del trono  
Preferistes arrojar!"

Esta octava es, en nuestro concepto, el único rayo de poesía y de verdad que resplandece en medio de las tinieblas de todo el libro quinto. En las octavas que, según hemos indicado, Maximiliano dirige al poeta antes de recibir la fatal descarga, se notan estos versos.

Francia se hizo a la mar: Roma me olvida:  
Pero pierden conmigo estas regiones:  
La gloria queda tras de mí vendida,  
Muertas las europeas tradiciones, etc.

No se acomodan estas supuestas palabras a los cristianos sentimientos con que murió el desdichado Archiduque. No tembló ante -



En la tarde del 19 de junio, volvió a repetir la pregunta a costumbre, aunque ametrallado y sobrecogido de infinito pavor, a causa de los rayos, y truenos, y relámpagos de la tempestad que se ha desencadenado en la ciudad, y ha convertido el templo en un oscuro recinto, que inspira miedo al poeta. Fija siempre sus ojos en el relieve que representa a Cristo saliendo de la tumba, y marchando al Calvario, de repente se animan las figuras de piedra, la imagen del Señor desaparece bajo la persona de Maximiliano cubriendo al Cristo de las Campanas; María y Miriam reemplazan a los ladrones; una compañía de rifleros a la cabeza Romana, y al parecer, Zorrilla, el lector imperial, se coloca al mismo en lugar de San Juan Evangelista, pues hace al marqués de Archiducado dirigirse una palabra en que la encomienda a la princesa Carlota.

Es fantástica, es delirio, es ilusión? La revelación, es real? Hab, murió en efecto fantasma Maximiliano? Nos deja a oscuras el poeta sobre todo esto, aunque es en lo que más esperamos que se detuviera al decirnos algo sobre Maximiliano. Al estallido de los rifles, todo se disipa, y nos dice que fue ilusión, pero inmediatamente añade esta estrofa que indica que fue realidad:

"Oh! ¡ese monarca bueno  
Que pugna tu persona  
Rescator con tu corona  
Arrojándola a la mar,  
De egoísmo ruin ajeno  
De tu buena fe en abono  
Tu cadera al pie del trono  
Preferíste arrojar!"

Esta octava es, en nuestro concepto, el único rayo de poesía y de verdad que resplandece en medio de las tinieblas de todo el libro quinto. En las octavas que, según hemos indicado, Maximiliano dirige al poeta antes de recibir la fatal descarga, se notan estos versos.

Troncha se hizo a la mar; Roma me olvidó:  
Pero pierden conmigo estas regiones:  
La gloria queda tras de mí vendida,  
Mueren las europeas tradiciones, etc.

No se acomodan estas algunas palabras a los cristianos sentados con que murió el desdichado Archiducado. No temo ante

las balas, y marchó al patíbulo con la serenidad, firmeza y dignidad con que asistía en mejores días a las solemnidades de Corte en Viena, Milán, Miramar o Méjico: pero sí se humilló ante esa Roma y ese Pontífice que antes había ofendido, al verse próximo a comparecer ante el Juez Supremo y Señor legítimo de los monarcas más poderosos; su arrepentimiento y heroica resignación borran sus faltas pasadas. Roma no lo olvidó en su desgracia. Las oraciones de Pío IX se elevaron al trono de las misericordias por el alma del infortunado monarca; el sacrificio de la misa se celebró solemnemente por él en la capilla papal; el Pontífice perdonó de corazón las ofensas pasadas y lloró su tristísimo fin y prematura muerte. Entretanto el Emperador de Austria y los dos archiduques sus hermanos asistían en París a grandes fiestas, y cabalgaban al lado de Napoleón y acompañados del Mariscal Bazaine y del General Castelnau, en una solemne revista de esas tropas francesas, que llevaron a Méjico, y abandonaron, al único de los cuatro hermanos que allí faltaba, y cuyo cadáver yacía aún insepulto, mientras ellos se regocijaban en compañía de los que fueron causas primarias de su muerte!

Poco nos resta que decir del "Drama del Alma." El epílogo es una furiosa y prosaica invectiva contra Méjico, en 12 octavas. PODRIA PASAR si el poeta, identificándose con la causa imperial, no hubiera hablado de sí mismo en todo el poema y hubiera ocultado su nombre y su historia. Es insufrible cuando sabemos, casi todo por boca del mismo Zorrilla, que durante su larga residencia en nuestro país no cesó de recibir obsequios y favores de mejicanos pertenecientes a todos los partidos, y por último, de Maximiliano, del cual no obstante, se separó desde que vió su trono vacilante. Es intolerable en uno que no se cansa de repetir:

"Cristiano y Español, con fe y sin miedo  
Canto mi Religión, mi Patria canto."

Parece increíble que pocos años después la misma pluma haya trazado estos indignos renglones:

"Ojalá seas Yankee y yo lo vea".....  
"Ojalá seas Yankee y Luterana."

Son bellas, bellísimas, las invectivas e imprecaciones en poesía, pero cuando las circunstancias del poeta y del país o la



las palmas, y marchó al patíbulo con la serenidad, firmeza y dignidad con que salía en mejores días a las solemnidades de Gortea en Viena, Milán, Miramar o Méjico: pero al ser humilde ante el as Roma y ese Pontífice que antes habla ostentado, al veras próximo a comparacer ante el Juez Supremo y Señor legítimo de los nacidos más poderosos; su arripentimiento y heroica resignación - portan sus faltas pasadas. Roma no lo olvidó en su desgracia. Las oraciones de Pio IX se elevaron al trono de las misericordias - por el alma del infanzonado monarca; el sacristán de la misa se celebró solemnemente por él en la capilla papal; el Pontífice - perdonó de corazón las ofensas pasadas y liord su cristiano fin y prematura muerte. Entretanto el Emperador de Austria y los dos archiduques sus hermanos salían en París a grandes fiestas, y celebraban el lago de Napoléon y acompañados del Mariscal Bazaine y del General Gastein, en una solenne revista de esas tropas francesas, que llevaban a Méjico, y abandonaron, al único de los cuatro hermanos que allí faltaba, y cuyo cadáver yacía sin insepulto, mientras ellos se recogían en compañía de los que fueron causas primarias de su muerte!

Poco nos resta que decir del "Drama del Alma". El epílogo es una furiosa y procaza invectiva contra Méjico, en 12 octavas. PODRIA PASAR si el poeta, identificándose con la causa imperial, no hubiera hablado de sí mismo en todo el poema y hubiera conjeturado su nombre y su historia. Es insoportable cuando sabemos, casi todo por boca del mismo Zorrilla, que durante su larga residencia en nuestro país no cesó de recibir obsequios y favores de mejicanos pertenecientes a todos los partidos, y por último de Maximiliano, del cual no obstante, se separó desde que vio su trono vaciante. Es intolerable en uno que no se cansa de repetir:

"Cristiano y Español, con fe y sin miedo  
Canto mi Religión, mi Patria canto."

Parece increíble que pocos años después la misma pluma haya trazado estos indignos renglones:

"Ojalá seas Yankee y yo lo sea"  
"Ojalá seas Yankee y tú lo seas."

Con bellas, bellísimas, las invectivas e imprecaciones en poesía, pero cuando las circunstancias del poeta y del país o la

persona a quien se dirigen, se prestan a ello, y cuando se guarda siempre un estilo grave, mesurado y decoroso. Podemos citar como modelo el soneto del italiano Monti contra Inglaterra, que comienza:

"Niéguele luz el sol, yerba la tierra."

Es muy bella también la de Góngora contra Isabel de Inglaterra, aunque, como con justa razón se le ha criticado, faltó al decoro y a la urbanidad al llamar a una mujer y a una reina:

"Loba  
Libidinosa y fiera."

Compárese cualquiera de estos dos trozos con los improprios del católico Zorrilla contra esa Méjico que tan hospitalaria y generosa fué para con él, y se verá cuán injustas, cuán impropias, cuán ridículas son las imprecaciones del poeta español contra nuestra República. A todos estos defectos, y al poco de impiedad que en ella se nota, se agrega la absoluta inoportunidad de la penúltima octava en que apostrofa a Roma insultándola. Justifica perfectamente su epígrafe de "Adición del LOCO comentador."

Algo hemos hablado ya de la carta-epílogo en prosa a D. Pedro Antonio de Alarcón: no diremos nada más acerca de ella. Nuestro fin principal al detenernos a examinar el "Drama del Alma" no fué hacer la crítica literaria, sino vindicar a Roma y a la Religión de las gratuitas injurias que le hace el escritor español. Una vez tomada la pluma, ya fué necesario hacer notar algunos de los muchos defectos en que abunda, y las pocas bellezas que en él resplandecen. Nada hemos dicho de las faltas de prosodia o de lenguaje, por considerarlas de poco momento: así es que no hemos señalado los versos de doce o de diez sílabas que muy a menudo nos vende como endecasílabos, ni hemos hecho observar que el mismo que en la carta-epílogo critica a los mejicanos por no hacer distinción entre la B y la V, hace rimar a ESCLAVA con TRABA, a PRIMITIVA con IBA, etc.

A quien ha sido desde la infancia grande admirador del insigne poeta, de sus sentimientos cristianos, de su excelso numen, de su hidalguía castellana, mucho ha apenado la lectura del "Drama del Alma." Es posible que tan funesta influencia hayan ejercido sobre Zorrilla la residencia de once años en el "Infierno que



personas a quien se dirigen, se prestan a ello, y cuando se equivoca siempre un estilo grave, mesurado y decoroso. Podemos citar como modelo el soneto del italiano Monti contra Napoleón, que comienza:

"Néguete luz el sol, veros la tierra."

Es muy bella también la de Góngora contra Lope de Vega, en que, como con justa razón se le ha criticado, falta el decoro y a la urbanidad al llamar a una mujer y a una reina:

"Lope"  
"Lidibinos y lieros."

Comparaese cualquiera de estos dos trocos con los improperios del católico Corral contra ese Méjico que tan hospitalario y generoso fue para él, y se verá cuán injustas, cuán impropias, cuán ridículas son las imprecaciones del poeta español contra nuestra República. A todos estos defectos, y al poco de importancia que en ella se nota, se agrega la absoluta inoportunidad de la penúltima octava en que apostrofa a Roma insultándola. Justifico perfectamente su epíteto de "Abelón del LOCO comentar."

Algo hemos hablado ya de la carta-epitelo en prosa a D. Pedro Antonio de Alarcón; no diremos nada más acerca de ella. Nuestro fin principal al detenernos a examinar el "Drama del Alma" no fue hacer la crítica literaria, sino vindicar a Roma y a la Religión de las gratuitas injurias que le hace el escritor español. Una vez tomada la pluma, ya fue necesario hacer notar algunos de los muchos defectos en que abunda, y las pocas bellezas que en él resplandecen. Nada hemos dicho de las faltes de prosodia o de lenguaje, por considerarnos de poco momento; así es que no hemos señalado los versos de doce o de diez sílabas que muy a menudo nos venden como endecasílabos, ni hemos hecho observar que el mismo que en la carta-epitelo critica a los mejicanos por no hacer distinción entre la B y la V, hace rima a ESCLAVA con TRABA, a PRIMITIVA con IBA, etc.

A quien ha sido grande el influjo de la literatura del siglo XIX en los poetas, de sus sentimientos cristianos, de su exaltado número de su hidalguita castellana, mucho ha pasado la frontera del "Drama del Alma". Es posible que tan buena influencia hayan ejercido sobre Corral la residencia de once años en el "Inferno que

fué Edén" y su rápido paso por la corte regalista del Emperador Maximiliano? Esperamos que cuando ya sin el cansancio del viaje, respire tranquilo los aires patrios, recobre en aquel ambiente - de religión y poesía, el estro y la piedad que parece haber perdido en Méjico.

Indicador de la obra de D. D. Manuel Fulcheri, Obispo de Guernavaca...

POR VIA DE PROLOGO:

Serán pronunciado por el Sr. Juan de Guernavaca, Obispo de Guernavaca (hoy Obispo de Guernavaca) en la Iglesia de Santa María de Guernavaca, el día 26 de noviembre de 1907.

Discurso pronunciado en Madrid en la Academia de la Lengua Española, el día 26 de junio de 1911.

Serán predicado el 25 de mayo de 1908, en el Congreso Mariano de Zaragoza.

FIN

Serán predicado el 25 de mayo de 1908, en el Congreso Mariano de Zaragoza.

Panegirico de la bienaventurada Virgen María, predicado en la Capilla del Sagrado Corazón, el día 25 de mayo de 1908.

Elogio fúnebre de los fundadores del Colegio Pío-Latino-Americano de Roma, pronunciado en la Capilla del mismo, el 19 de noviembre de 1908.

Alocución dirigida sobre la tumba de nuestro Santo Padre sagrado, el Papa Pío IX, en la Basílica de San Lorenzo extra muros, a las once y media de la noche, el día 25 de mayo de 1908.

Discurso leído en la distribución de premios del Colegio Pío-Latino-Americano de Roma, el día 4 de noviembre de 1907.

Edicto cuaresmal y adiós a Tamaulipas.